

Prefacio

Pensamiento y representaciones sociales en América Latina ante la COVID-19

En un texto poco conocido sobre Sócrates (2005), Hannah Arendt articuló una de sus tesis más constantes sobre la esfera pública y la política. Allí escribe que la tradición filosófica de Occidente se instituye cuando el juicio y la muerte de Sócrates llevan a Platón a la desesperación de la polis. Su narración de lo que le sucede a Platón postula la desesperanza sobre la política como el momento originario del retiro de Platón de los asuntos de la ciudad, el comienzo de una larga división entre la vida activa y la vida contemplativa, entre el mundo de la acción y el mundo de las ideas. Platón se vuelve contra la ciudad tras la ejecución de Sócrates cuando se da cuenta de que la esfera pública era totalmente incapaz de comprender lo que Sócrates proponía con lo que ahora llamamos la paradoja socrática, su negación del conocimiento, su “sólo sé que no sé nada”. Al condenar y matar a Sócrates, la esfera pública demostró su desprecio por alguien que pensaba en la ciudad. Para Arendt, es este desprecio lo que lleva

a Platón a rechazar el conocimiento generado por la esfera pública y crea su frustración y desesperanza con lo que proviene del sentido común. La airada denuncia de la doxa (o la opinión) de Platón se convirtió en uno de los pilares de su concepto de la verdad y permanece profundamente arraigada en nuestra comprensión del mundo hasta el día de hoy. En oposición a la doxa, Platón proponía una verdad superior porque, para él, la verdad tendría que fundarse en ideas también superiores a las del sentido común, que sólo la filosofía podía ofrecer. Lo importante, sin embargo, es que para Platón estas ideas superiores sólo eran posibles fuera de la polis, en la reclusión, lejos de las conversaciones, rumores, ruidos y voces de la ciudad.

La agenda socrática no puede ser más diferente: Sócrates fue un pensador en y de la ciudad, y fue, con algunos otros, quien inventó la mayéutica, su método de utilizar el diálogo para dar a luz a la obtención del conocimiento, el cual, sólo es posible en medio de conversaciones que se dan en el día a día de la doxa, a través de preguntas y respuestas, a través de “tomas de turno”, hablando y escuchando, diálogos a veces duros y desconcertantes, capaces de causar un dolor profundo, agudos, no tan diferentes a los dolores del parto, que dan vida, dan luz y hacen visible lo que estaba latente y no sabíamos. Es, por tanto, en la relación y el diálogo con los demás, entendido como un proceso laborioso y lleno de límites y de dolor, pero también de luz y descubrimiento, donde encontramos el nacimiento de todas las ideas y el conocimiento mismo. Sócrates caminó por la ciudad deseando interacciones, habla y diálogo para comprender la verdad que existía en el pensar y hablar del Otro a su alrededor, y también deseando quizás ayudarlo a ver y comprender las verdades que él solo no podía ver. La gran lección de Sócrates es que no pensamos solos, y menos entendemos lo que pensamos lejos de las reuniones y diálogos propios de la ciudad. Quería, como escribió Hannah Arendt, “hacer más verdadera la polis no destruyendo su doxa sino revelándola, en su verdad”.

Este libro que el lector tiene en sus manos, organizado para hacernos ver y comprender, para preocuparnos y movilizarnos, es un modelo ejemplar de este programa socrático que tenemos con el campo

de las representaciones sociales en la psicología social. Creo que no es casualidad que esté organizado por Juana Juárez-Romero, María de Fátima Flores-Palacios y Silvia Gutiérrez Vidrio, mujeres latinoamericanas, herederas de una larga tradición donde la desesperanza con la polis, a pesar de todo, nunca prevaleció. Y dada la historia y la realidad de este continente, coincidimos en que no sería difícil optar por el modelo platónico de la desesperanza. Pero lo que encontramos en estos capítulos no es desesperanza. Aquí encontramos un intento de comprender, de buscar la forma en que el pensamiento se entrelaza con la más dura de las verdades de la ciudad, con lo que necesitamos ver y sacar a la luz. El enfoque de este libro se centra en el pensamiento social sobre la pandemia, pero también es mucho más que eso. Hay aquí un esfuerzo no sólo por esclarecer las múltiples doxas invertidas en el sentido común, sino también por hacer un diagnóstico del presente, de sus representaciones sociales y lo que muestran en cuanto a las múltiples contradicciones que la pandemia ha agudizado y visibilizado, pero que por sí solo nunca hubiera podido provocar. Lo que los autores destacan es precisamente cómo hacer más verdadera la polis, revelando su verdad, aun cuando esta verdad nos invita a pensar en la forma creciente en que las desigualdades y las necropolíticas derivadas de un contexto neoliberal hegemónico definen el saber cotidiano y amenazan nuestra esperanza con la polis.

Como demuestra este libro, la pandemia se produjo en un momento en que vivimos una nueva configuración de la esfera pública, que no sólo potencia el proyecto neoliberal, sino que lo profundiza. La era digital es hija y creadora del neoliberalismo exacerbado. Además de romper los frenos con los que en épocas pasadas se intentó contener la soberanía del yo individual, dio lugar a un nuevo régimen de producción de contenidos que circula sin controles y sin restricciones. Esta nueva esfera digital, dominada por las redes sociales, se convierte, como señaló Mbembe (2019), en la infraestructura dominante del Yo. En este contexto, el sentido común también se ve permeado por procesos que “liberan” nuestras formas de pensar de los límites que fueron descritos por Freud en sus escritos sobre la cultura.

Prácticamente podemos quererlo todo, pensarlo todo y decirlo todo. Ahora bien, la idea civilizadora de que no todos los deseos pueden ser satisfechos y que la alteridad define los límites de lo que se dice y se piensa, ha estado siempre en la base del desarrollo de las sociedades humanas. Esta contención de la omnipotencia del deseo individual es la base para la libertad del Yo y la libertad de todos. Pero hoy ese deseo individualizado e hiperpersonalizado gana enorme visibilidad y aparece libre en el tejido social, acariciado e impulsado por una total ausencia de controles en la esfera pública digital. El individualismo ocupa el centro del espacio colectivo pero, paradójicamente, el individuo está allí aislado, solo y cada vez más ansioso y deprimido.

Sería fácil imaginar que la irracionalidad del individualismo es evidente en una emergencia como la de la COVID-19. Todo el mundo “sabía”, o debería haberlo sabido dada la claridad de la evidencia científica, que mientras no todos estemos a salvo, nadie estará a salvo. En una pandemia, las respuestas necesarias para contener su surgimiento son necesariamente de carácter colectivo, pero el comportamiento político y las acciones sanitarias internacionales rápidamente hicieron añicos la fantasía de que todos estábamos en el mismo barco contra el virus. Frente a principios básicos de salud colectiva, la distribución de vacunas mostró claramente que las intenciones de un mundo dividido y las desigualdades locales son principios con mucho más poder para orientar acciones concretas y reforzar las profundas diferencias con las que los diversos grupos sociales y etnias han atravesado la amenaza impuesta por la COVID-19. En medio de esto, como demuestran los autores de este volumen, también estamos ante el retorno de representaciones que, al igual que en otras pandemias, discriminaron y utilizaron ampliamente el prejuicio para culpabilizar y responsabilizar al Otro lejano, al grupo exterior por el origen de la amenaza de la COVID-19.

Estas representaciones sociales de la pandemia adquieren un carácter aún más específico si pensamos en otros aspectos de la esfera pública digital, como la proliferación exponencial de información, mucha de la cual es simplemente falsa y alejada de los clásicos centros de

producción, como son las instituciones científicas y medios de comunicación tradicionales, que para bien o para mal están expuestos a la legislación y a la brújula profesional de los periodistas. La destradicionalización que ya estaba en marcha en el siglo XX, se intensificó al poder cada uno decir lo que quería y lo que pensaba en las redes sociales, guiando a la prensa tradicional y a la propia ciencia. En este contexto, ni los medios tradicionales ni las propias instituciones científicas fueron inmunes a la crisis de legitimidad y normatividad, lo cual dificultó delimitar la veracidad de la información y la realidad de la cognición. Con el control de los algoritmos, las representaciones y los discursos sobre la COVID-19 reprodujeron, por un lado, narrativas vinculadas a temas históricamente arraigados, y por otro, discursos rápidos, puntuales e infundados del presente, guiados directamente por la polarización típica de las esferas públicas contemporáneas. La fragmentación de la información y la incapacidad de formar un consenso que oriente la acción de las agencias de salud y los gobiernos, demostraron tanto los peligros del avance del populismo de derecha y la polarización de la que se alimenta, como los peligros del régimen de representaciones, el cual se instituyó en la nueva esfera pública digital. Si bien una pandemia necesita de la acción colectiva y necesariamente desafía el individualismo, vemos que no ha logrado modificar las tendencias individualistas y fragmentadoras que se han ido consolidando en las primeras décadas del siglo XXI. Se impuso la fragmentación del espacio público, desafiando los procesos comunicativos de la polis en un momento en que estos eran más necesarios que nunca.

¿Cómo enfrentar este contexto? Moscovici (1992) mostró que el sentido común es contradictorio y fundamental para comprender quiénes somos. Se compone de “creencias irresistibles” que forman la base fundamental de nuestras vidas colectivas e individuales. Sus recursos incluyen racionalidades prácticas y motivacionales, vinculadas tanto al orden cotidiano y sus demandas funcionales como al orden simbólico y su capacidad de agregación y vinculación. Son estos recursos los que sustentan en última instancia el sentido de “nosotros” de una comunidad y, de manera más general, crean el terreno

común que ha permitido a los seres humanos desarrollar la cooperación y la coexistencia político-institucional que los distingue de otros primates. Esta dimensión sociocognitiva latente que conforma el tejido social y que también proviene de él, es fundamental tanto para la formación del Yo como para su orientación individual en el mundo. Pero si bien la rehabilitación del sentido común es uno de los postulados más importantes de la Teoría de las Representaciones Sociales, no creo que su proyecto epistemológico sea sólo describirlo y aceptarlo. Para mí, la preocupación principal de este proyecto es estudiar el sentido común para comprenderlo y, al comprenderlo, crear condiciones reflexivas para que podamos transformarlo. No existe una visión romántica del sentido común en la teoría porque el pensamiento social, como toda producción humana, lleva consigo la otra cara de la razón, que también Moscovici (2000) estudió y discutió magistralmente en sus escritos sobre el caso Dreyfus, el totalitarismo, el inconsciente y la psicología de las multitudes. Como bien argumentan los organizadores de este libro, no existe un tipo de sujeto racional y otro irracional; se trata de comprender las distintas modalidades de la razón humana que caracterizan a todos los sujetos.

¿Qué sucede entonces con el pensamiento social y la lógica del pensamiento cuando la fragmentación se exagera y obstruye los procesos comunicativos? Lo que está en juego es precisamente un ataque tanto a la infraestructura básica del Yo como a los procesos representacionales y a la propia esfera pública (Jovchelovitch, 2019). Las nuevas tecnologías de la comunicación virtual tienden al individualismo de la conexión, que sumerge al sujeto en un espacio individual desde el cual cura cuidadosamente su presentación al Otro, controlando sólo sus interacciones y decidiendo aisladamente cuándo, con quién y cómo hablará. Al destruir los focos de atención conjunta y el campo común donde se pueden resolver los desacuerdos, la esfera pública virtual y sus tecnologías portátiles desestabilizan el triángulo ético-epistemológico Ego-Alter-Objeto (Marková, 2016) y, con él, las interacciones que hacen posible la mente dialógica, el espacio público común y los propios procesos de representación social. Siempre en posesión de

un dispositivo móvil privado que lo conecta con el mundo digital público, el comportamiento digital del Yo se transforma en información y se monetiza como una mercancía, explotada de manera muy efectiva para obtener ganancias, para lograr objetivos políticos o para ambos fines. Al obstaculizar la práctica socrática del diálogo, el capitalismo de vigilancia neoliberal refuerza la soberanía del Yo aislado como la brújula básica de la conducta y lanza un inmenso ataque a la unidad relacional básica de la mente dialógica. La era del *big data* reconfigura negativamente la esfera pública porque borra la especificidad de la comunidad y expande la tiranía del poder de la mayoría, aumentando la homogeneidad de pensamiento y comportamiento. Y por si fuera poco, usa y abusa de lo que se ha dado en llamar “esclavitud digital”, ya que el trabajo de ingreso de datos a este sistema lo realiza cada actor social al utilizar un teléfono, una computadora o cualquier otro dispositivo conectado a internet.

De esta manera, el capitalismo de vigilancia neoliberal pone en peligro el triángulo Ego-Alter-Objeto, nuestras posibilidades de convivencia y la supervivencia misma del planeta. Su modelo se basa en el consumo y la exploración: del Yo y cada una de sus huellas digitales, de las relaciones Ego-Alter y del propio planeta, el terreno mayor que regula nuestras vidas. Su nuevo régimen de procesos representacionales y comunicativos desafía nuestras categorías teóricas y capacidad empírica, así como nuestras concepciones de lo que debe ser la ciencia y cómo asume la ardua tarea de reflejar el presente y quizás transformarlo. En este contexto, sostener y defender las relaciones dialógicas que vinculan la cognición con lo real es fundamental para proteger tanto la fragilidad de la esfera pública humana como la precisión cognitiva del saber, logros difíciles de alcanzar, pero fáciles de desestabilizar, como nos muestra la difícil realidad de principios del siglo XXI.

¿Cómo pensar la doxa y la episteme en medio de esta realidad? ¿Como Platón o Sócrates? Creo que los pasos con los que se abren con las páginas de este libro nos ofrecen un excelente camino para seguir la psicología socrática que nos legó Serge Moscovici. Con su Teoría de las Representaciones Sociales nos dio una plataforma sólida para orientar

la investigación y hacer doxa, sin renunciar nunca a permanecer firmes en la polis, aunque su amarga realidad y las tendencias dominantes de la ciencia psicológica nos empujen hacia Platón. Si algo aprendí en mis estudios sobre la esfera pública brasileña y, más en general, la latinoamericana, fue precisamente el apoyo de una relación históricamente ambivalente, pero siempre esperanzadora, con la sociabilidad. El pensamiento social discutido aquí nos hace confrontar realidades que sólo las acciones políticas concretas podrán algún día transformar. Pero este libro también nos recuerda las energías y capacidades contrapuestas que hacen de la psicología social en nuestro continente una ciencia viva, acogedora e inteligente, que trabaja incansablemente para comprender tanto nuestra alteridad cultural como lo que tiene que decir para el conjunto de la experiencia humana que todos compartimos.

Podría hablar durante horas de esta psicología social, de cómo me ilusiona y conmueve y de cómo ha seguido siendo un factor nutricional fundamental en todo lo que soy y digo a lo largo de tantos años. Pero me detendré aquí y dejaré que usted, el lector, comience su lectura. Entre con ganas, entre preparado. Aquí está la cotidianidad que vivimos y que tenemos que descifrar, aquí estamos todos.

Sandra Jovchelovitch
Londres, verano 2023

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (2005). *The Promise of Politics*. New York: Schocken Books.
- Jovchelovitch, S. (2019). New Introduction. *Knowledge in Context: representation, community, and culture*. Classics Edition. London: Routledge.
- Marková, I. (2016). *The Dialogical Mind*. Cambridge: CUP.

- Mbembe, A. (2019). *Necropolitics*. Durham and London: Duke University Press.
- Moscovici, S. (1992). The psychology of scientific myths. En: Cranach, M. von, Doise W. y Mugny, G. (eds.). *Social Representations and the Social Basis of Knowledge*, 3-9. New York: Hogrefe & Huber Publishers.
- Moscovici, S. (2000). The Dreyfus Affair, Proust and Social Psychology. *Social Representations. Explorations in social psychology*, 184-207. Cambridge: Polity Press.